

La sociología como metodología crítica de la ciencia: La historia social de las ciencias sociales de Pierre Bourdieu

ÓSCAR MORO ABADÍA

Groupe de Recherche sur les Savoirs (GRS)
École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS)
oscar_moro_abadia@yahoo.es

Recibido: 14.01.2005

Aceptado: 6.06.2006

1. INTRODUCCIÓN: LA SOCIOLOGÍA COMO METODOLOGÍA CRÍTICA DE LA CIENCIA

La obra del sociólogo francés Pierre Bourdieu (1930-2002) se ha convertido en una referencia esencial para comprender las ciencias sociales en los inicios del siglo XXI. La heterogeneidad de sus investigaciones (que incluyen desde el arte hasta el sistema escolar, pasando por el lenguaje, la televisión o la economía), su innegable compromiso político y la brillantez de sus escritos lo han convertido en una de las figuras fundamentales del pensamiento francés contemporáneo. No es nuestra intención valorar aquí a un autor que ha merecido numerosos e interesantes análisis (*e.g.* Calhoun *et al.*, 1993; Lahire 1999; Lane 2000; Mounier 2001; Alonso *et al.* 2004). Simplemente, intentaremos hacernos eco de uno de sus proyectos principales, *la historia social de las ciencias sociales*, y de una pregunta que siempre interesó a Bourdieu: ¿Cómo la sociología (y más concretamente *la historia social de las ciencias sociales*) puede servir al progreso de la ciencia? (Bourdieu 1995).

La primera cuestión es, quizá, explicar porqué una investigación de este tipo se presenta en una revista sobre metodología de las ciencias sociales. Como han señalado varios autores, Bourdieu construye su *historia social de las ciencias sociales* en torno al concepto de “reflexividad”. Es más, dicha historia no debe ser considerada tanto una disciplina específica, cuanto un “instrumento privilegiado de la reflexividad crítica, condición imperativa de la lucidez colectiva” (Gutierrez 2002: 123). Aunque la idea de “reflexividad” adquiere múltiples y distintas dimensiones en la obra del sociólogo francés (Vázquez 2004), estamos de acuerdo con José Manuel Rodríguez Victoriano cuando señala que “el concepto

de reflexividad en Bourdieu es sinónimo de método, una *reflexividad refleja*, como la denomina en *La miseria del mundo*, fundada sobre la práctica de un “oficio” (Rodríguez Victoriano 2004: 300). En una línea muy similar se ha expresado Francisco Vázquez al afirmar que, al menos en un primer momento, Bourdieu concibe la reflexividad, “como una autoconciencia de los propios supuestos epistemológicos empeñados en la práctica de la investigación” (Vázquez 2004: 354). Esto es, como un ejercicio de vigilancia epistemológica convertido en imperativo metodológico. Así, tanto la “reflexividad” como la *historia social de las ciencias sociales* plantean la necesidad de que la sociología se convierta en parte esencial del método científico, permitiendo así “a los practicantes de la ciencia entender mejor los mecanismos sociales que orientan la práctica científica y convertirse de este modo en “dueños y señores” no sólo de la “naturaleza”, de acuerdo con la vieja ambición cartesiana, sino también, lo cual no es, sin duda, menos difícil, del mundo social en el que se produce el conocimiento de la naturaleza” (Bourdieu 2001: 9-10). En definitiva, si presentamos este trabajo en una revista sobre metodología científica es porque la *historia social de las ciencias sociales* es concebida por su autor como un instrumento esencialmente metodológico: “La sociología de la sociología [...] es un instrumento indispensable del método sociológico [y científico]: se hace ciencia- y sobre todo sociología- tanto contra su formación como con ella” (Bourdieu 1982: 10).

Sin embargo, Bourdieu no fue ni el primero ni el único en reclamar que la sociología se convirtiese en parte esencial de la metodología científica. En realidad, su *historia social de las ciencias sociales* es una de las propuestas que conforman la nueva sociología de la ciencia que se constituye a partir de los años setenta. Por esta razón, la primera parte de este artículo está dedicada a situar el proyecto de Bourdieu en el contexto de dicha disciplina. El objetivo no es tanto ofrecer una visión general de la sociología de la ciencia (ya existen trabajos interesantes al respecto), cuanto confrontar la *historia social de las ciencias sociales* con otros enfoques teóricos. Este análisis comparativo nos permitirá determinar la posición de Bourdieu en el campo de la sociología de la ciencia, así como examinar la relación que existe entre alguno de sus conceptos fundamentales (“campo científico”, “reflexividad”, etc.) y los conceptos propuestos por autores como Merton, Latour, Shapin, Bloor, Collins, etc.

El objetivo de esta contextualización es poder penetrar, en la segunda parte de este trabajo, en las características fundamentales que definen la *historia social de las ciencias sociales*. El punto de partida del proyecto de Bourdieu es la lucha contra lo que el mismo denomina la “amnesia de la génesis” (Bourdieu 2000:18) o el olvido de la historia que se produce en todos los campos sociales incluido el científico. Frente a esa *deshistorización* (Bourdieu 1992: 419), Bourdieu considera que “lo social” es de parte a parte historia: “historia objetivada en las cosas; bajo forma de instituciones, y la historia encarnada en los cuerpos, bajo la forma de ese sistema de disposiciones duraderas que yo llamo *habitus*” (Bourdieu 1982: 41). En el caso concreto de la ciencia, Bourdieu define el campo científico como un universo social autónomo organizado en torno a una serie de reglas,

prácticas, teorías, conceptos y experiencias. El conjunto de disposiciones que rigen el campo son históricas (es decir, se inscriben en la duración) pero, por evidentes, se han convertido en el orden natural de las cosas para los propios científicos. En otras palabras, los científicos han incorporado o “rutinizado” (Moreno Pestaña 2004: 162) los conceptos, las prácticas y las reglas que conforman el campo científico. Así, si analizamos cualquier ciencia veremos como, todos los días, los científicos ponen en juego modos de actuar y de pensar que les parecen evidentes y que no consideran necesario justificar (cuando un sociólogo, por ejemplo, hace un estudio sobre la población, el paro o la escuela no tiene que justificar su elección: se entiende que, en tanto que sociólogo, está perfectamente legitimado para estudiar dichos temas). En definitiva, los científicos tienden a pensar que su *modus operandi* es algo natural, cuando en realidad es algo histórico.

Frente a este olvido de la historia, la *historia social de las ciencias sociales* pretende sacar a la luz el “inconsciente” que rige el campo científico. ¿Por qué utilizamos determinados conceptos? ¿De donde vienen dichos conceptos? ¿Por qué actuamos de una manera y de otra? Sólo a través de una reflexión de este tipo el científico será capaz de conocer los mecanismos que rigen su campo y, por tanto, que influyen en su actuación. Y sólo a través de esta “reflexividad” la ciencia social está en condiciones de progresar. De este modo, (como bien ha señalado Francisco Vázquez 2004: 352) la *historia social de las ciencias sociales* se define como *método* en el sentido que Spinoza da al término: “Por otra parte, cuantas más cosas ha llegado a conocer la mente; mejor comprende también sus propias fuerzas y el orden de la Naturaleza; y cuanto mejor entiende sus fuerzas, tanto mejor puede dirigirse a si misma y darse reglas; y cuanto mejor entiende el orden de la Naturaleza, más fácilmente puede librarse de esfuerzos inútiles. En esto consiste, como hemos dicho, todo el método” (Spinoza 1988: 90).

Para finalizar, retomaremos la pregunta inicial (¿Cómo la sociología puede contribuir al progreso de la ciencia?) e insistiremos en las potencialidades de la *historia social de las ciencias sociales* en el marco de una ciencia crítica. A pesar de que algunos han sostenido que el análisis histórico- sociológico de la ciencia relativiza las adquisiciones científicas reduciéndolas a sus condiciones histórico- sociales de producción, lo cierto es que la *historia social de las ciencias sociales* pretende reforzar el conocimiento científico al desempeñar una doble función: por un lado, sacar a la luz aquello que permanece invisible para los propios científicos y que, sin embargo, es esencial para comprender su actividad. Por otro lado, ayudar a los científicos a liberarse de las ilusiones que transforman a la ciencia en mito.

El presente artículo debería servir para mostrar que, frente al discurso dominante que considera a la sociología como una ciencia “menor” en comparación con disciplinas como la filosofía, la ciencia sociológica tiene un papel fundamental que jugar a la hora de comprender cómo se produce el conocimiento científico.

2. LA HISTORIA SOCIAL DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL MARCO DE LA SOCIOLOGÍA DE LA CIENCIA

Para comprender *la historia social de las ciencias sociales* es necesario contextualizarla en el espacio general de la sociología de la ciencia. Nuestro objetivo aquí no es ofrecer un resumen de la historia de esta disciplina (para una introducción, ver el magnífico trabajo de Emilio Lamo de Espinosa 1994), sino comparar la propuesta de Bourdieu con la de otros autores como Bloor, Kuhn o Collins. Dicha comparación nos permitirá entender tanto lo que de específico tiene el proyecto de Bourdieu como algunos de sus ideas que sólo pueden interpretarse correctamente a la luz de otros autores y de otras corrientes.

La sociología de la ciencia tiene sus raíces en las aproximaciones sociológicas al conocimiento de finales de siglo XIX y de principios del siglo XX. Esa primera “sociología del conocimiento” (*Wissenssoziologie*) se desarrolló fundamentalmente en Alemania y “se [impuso] la tarea de resolver el problema de las condiciones sociales en que nace el pensamiento, al reconocer valientemente esas relaciones, al llevarlas al horizonte de la ciencia y al utilizarlas como comprobantes para las conclusiones de nuestra investigación” (Mannheim 1929: 231). La idea fundamental de estos autores (entre los que destacaron Ernst Grünwald y Karl Mannheim) es que, en algunas ramas del saber, el conocimiento está determinado por factores extra- teóricos de diversa índole (*seinsfaktoren*). Sin embargo, se trataba todavía de una sociología del conocimiento y no de una sociología de la ciencia: para autores como Mannheim, la ciencia natural no sólo quedaba excluida del análisis sociológico (“el ideal de la ciencia natural, especialmente en su aspecto cuantitativo, se puede aislar de la perspectiva histórico-social del investigador” Mannheim 1929: 253) sino que debía convertirse en el modelo sobre el que construir la sociología del conocimiento: “La particularidad de la teoría del conocimiento que predomina hoy en día se vuelve ahora claramente demostrable por el hecho de haber sido elegidas las ciencias naturales como el ideal al que debe aspirar todo conocimiento” (Mannheim 1929: 253). En este sentido, no puede hablarse de una sociología de la ciencia *sensu stricto* hasta la publicación de los primeros trabajos de Robert Merton en los años treinta.

Robert K. Merton fue el primero en elaborar una teoría general de la sociología de la ciencia (el paradigma funcionalista) y es un autor importante para comprender algunos aspectos de la *historia social de las ciencias sociales* de Bourdieu. Buen conocedor de Mannheim y de la sociología del conocimiento (Merton 1937), Merton expuso sus ideas fundamentales en su tesis doctoral *Science, Technology and Society in Seventeenth Century England* (1938) donde pretendía examinar “los factores sociológicos involucrados en el nacimiento de la ciencia y la tecnología moderna” (Merton 1938: 362). Esta obra, que atribuía al puritanismo y al utilitarismo un papel decisivo en el desarrollo de la ciencia moderna, definía la ciencia como una actividad social construida sobre un conjunto de normas que le son propias. De este modo, Merton formulaba una pri-

mera versión de su idea de “la estructura social de la ciencia” o realidad interna de la ciencia entendida como analíticamente distinta del contenido cognoscitivo de la empresa científica (Merton 1942). Dicha estructura está regida, en su opinión, por cuatro normas ideales (*universalism*, «*communism*», *disinterestedness*, *organized skepticism*) que permiten explicar el funcionamiento del mundo científico. Tomando como referencia este marco teórico, Merton promovió numerosos estudios sobre la dimensión sociológica de la ciencia y, especialmente, sobre el papel de las publicaciones científicas como mecanismo dinámico de competencia fundamental de la comunidad científica (Cole & Cole 1967, Merton 1968, Zuckerman 1977).

Sin entrar en algunas diferencias fundamentales (distintas visiones de la ciencia, de las desigualdades en el campo científico, de la resolución de conflictos), la sociología de Merton y la *historia social de las ciencias sociales* de Bourdieu tienen en común una pretensión que las distingue de parte de la moderna sociología del conocimiento científico: su anti-relativismo. Para ellos, el objetivo de la sociología de la ciencia no es relativizar el progreso científico mostrando su dependencia de factores extra-teóricos, sino reforzarlo a través de un análisis de sus causas y de su funcionamiento. En el caso de los mertonianos, sus trabajos sobre el reconocimiento de los investigadores (que demuestran la existencia de un sistema de recompensas, *reward system*, que permite explicar el éxito de un científico) sirven para justificar la visión dominante de la ciencia. En el caso de Bourdieu, la “reflexividad” es concebida como un instrumento para producir ciencia, favoreciendo el conocimiento de las coerciones sociales que pesan sobre los científicos: “La sociología de la ciencia, la sociología del conocimiento, la sociología de la sociología no es una especialidad entre otras: es lo previo a toda práctica sociológica, en tanto que es capaz de proporcionar los instrumentos para el conocimiento de las coerciones sociales que pueden actuar bajo la forma de presiones externa o, lo que es peor, bajo la forma de coerciones interiorizadas” (Bourdieu 1987b: 196).

Otro historiador importante para comprender el proyecto de Bourdieu es Thomas Kuhn, autor de *The Structure of Scientific Revolutions* (1962). En esta obra, Kuhn introdujo varias ideas que influyeron notablemente sobre la filosofía y la historia de la ciencia. En primer lugar, frente a la creencia positivista en la ciencia como una entidad al margen de la historia, Kuhn definió la actividad científica como una práctica históricamente condicionada, enlazando de este modo con los “externalistas” que sostenían que la ciencia era una “parte de la cultura como cualquier otra” (Barnes 1974: 99) y que, por tanto, debía ser analizada en su contexto cultural de producción. Para estos autores, era sencillamente absurdo pensar que la ciencia era una entidad al margen del resto de manifestaciones culturales (Fellows 1961, Hill 1965, Kargon 1966, Thackray 1970, Forman 1971, Hahn 1971, Ben-David 1971). En segundo lugar, Kuhn abrió el camino a los enfoques sociológicos de la ciencia al afirmar que los paradigmas están condicionados por los sistemas de valores específicos de cada comunidad científica. Para él, “los practicantes de una ciencia madura [...] cons-

tituyen una subcultura especial, dentro de la cuál sus miembros son el público exclusivo para los trabajos de cada uno de ellos, y de la misma manera los jueces mutuos. Los problemas en los que trabajan tales especialistas ya no son los presentados por el resto de la sociedad, sino que pertenecen a una empresa interna consistente en aumentar, en amplitud y precisión, el acuerdo entre la teoría existente y la naturaleza” (Kuhn 1968: 143). En mi opinión, Kuhn introduce dos ideas importantes para comprender el concepto de “campo científico” (*champ scientifique*) de Pierre Bourdieu. En primer lugar, Kuhn establece la autonomía del universo científico al considerar que la ciencia es la propiedad de un grupo y que comprenderla significa conocer las características particulares de dicho grupo. Así, Kuhn diferencia entre los primeros períodos en la evolución de una ciencia, donde las necesidades y los valores de la sociedad tienen una influencia mayor, y las etapas posteriores: “En los primeros momentos del desarrollo de un nuevo campo [...] los conceptos que [los científicos] aplican a solucionar problemas están condicionados en gran parte por el sentido común contemporáneo, por la tradición filosófica prevaleciente o por las ciencias contemporáneas de más prestigio” (Kuhn 1968: 143). De este modo, toda vez la ciencia ha llegado a una cierta madurez (que Kuhn asimila a una madurez esencialmente técnica), la influencia de los condicionamientos sociales tiende a desaparecer (Kuhn 1968: 143). En otras palabras, la madurez de una ciencia comporta un proceso de aislamiento con respecto a la sociedad (Kuhn 1971: 158). De la misma manera, Bourdieu define el campo científico como un universo autónomo con respecto a la sociedad en la que se inscribe. Sin embargo, Bourdieu va un paso más allá de Kuhn al afirmar el carácter eminentemente *social* del campo científico: “El universo “puro” de la ciencia más “pura” es un campo social como otro” (Bourdieu 1975: 91). La segunda idea en la que Kuhn y Bourdieu coinciden es la afirmación de que los miembros del campo científico son juez y parte a la hora de evaluar el trabajo del resto de científicos. Así, Kuhn insiste en que el único público de la literatura científica son los propios científicos (Kuhn 1968: 143). Del mismo modo, Bourdieu señala que una de las características fundamentales del campo científico es “el hecho de que los productores tienden a no tener otros clientes posibles que sus competidores [...]. Esto significa que en un campo científico fuertemente autónomo, un productor particular no puede esperar el reconocimiento de la verdad de sus productos (“reputación”, “prestigio”, “autoridad”, “competencia”, etc.) más que de otros productores que, siendo también sus competidores, son los menos inclinados a conceder dicho reconocimiento sin discusión ni examen” (Bourdieu 1975: 95).

A partir de los años setenta se produjo una expansión notable de la sociología de la ciencia como disciplina (Ben-David 1981: 54). Thomas Kuhn se convirtió en la referencia de un grupo de jóvenes sociólogos e historiadores de la ciencia anglosajones reunidos alrededor de la revista *Social Studies of Science* y la *Society for Social Studies of Science*. Pronto destacaron los trabajos de Barry Barnes (1974 y 1977) y John Law (Barnes & Law 1976), Steve Woolgar (1976), Steven Shapin (1979), Harry Collins (1974 y 1975) y, especialmente, David Blo-

or. Este último publicó en 1976 *Knowledge and Social Imagery* (Bloor 1976), resultado de los trabajos llevados a cabo por la *Science Studies Unit* de la Universidad de Edimburgo durante la primera mitad de los años setenta, un grupo muy influido por Kuhn (Bloor 1976). Según Bloor, “todo conocimiento, tanto si se trata de ciencias empíricas o incluso de matemáticas, debería ser tratado en su totalidad como material de investigación” (Bloor 1976: 3). A partir de esta idea, Bloor define los principios de su “programa fuerte de la sociología del conocimiento” (*strong programme of the sociology of knowledge*) que establece que las explicaciones de la sociología del conocimiento deben responder a cuatro principios. En primer lugar, deben ser *causales*, es decir deben determinar las causas de las creencias, esto es, las leyes generales que relacionan las creencias con las condiciones que las determinan. En segundo lugar, deben ser *imparciales* con respecto a la verdad y a la falsedad, a la racionalidad y a la irracionalidad, al éxito o al fracaso de las teorías analizadas: las dos partes de estas dicotomías precisan de una explicación. En tercer lugar, deben ser *simétricas*; es decir, las mismas causas deben explicar tanto las teorías falsas como las verdaderas. Por último, deben ser *reflexivas*; i.e. tienen que explicar la emergencia y las conclusiones de la propia sociología del conocimiento.

Aunque Bourdieu nunca estableció una filiación entre su idea de “reflexividad” y la de David Bloor, lo cierto es que existen similitudes entre los dos conceptos que van más allá de una coincidencia nominal. Para Bloor, las explicaciones de la sociología de la ciencia tienen que ser *reflexivas*, es decir tiene que poder aplicarse a la propia sociología. Este principio responde tanto a la exigencia científica de elaborar explicaciones generales como a la necesidad de no caer en una contradicción entre la ciencia y sus explicaciones. Bourdieu no está lejos de esta interpretación cuando establece que la sociología del conocimiento tiene que ser una “sociología de la sociología” (Bourdieu 1982: 10; 1987: 196), “una objetivación del sujeto de la objetivación” (Bourdieu 2001: 154, 2004) o, en definitiva, una “sociología reflexiva”: “Numerosos sociólogos-pienso, por ejemplo en Goffman- han insistido en la necesidad de una sociología reflexiva. Yo he intentado dotar de un verdadero contenido a esta operación” (Bourdieu 1987b: 196). En definitiva, tanto Bloor como Bourdieu interpretan la “reflexividad” como una reflexión sociológica sobre la sociología que es condición *sine qua non* para constituir una sociología de la ciencia científica. Dicho esto, cada uno entiende de un modo distinto el sentido de dicha reflexión. Para Bloor, la “reflexividad” es un imperativo que garantiza la coherencia de la ciencia: si las explicaciones científicas están condicionadas por factores-histórico sociales, entonces la propia sociología también está, necesariamente, sometida a dichos factores. Para Bourdieu, la reflexividad es el único medio que tiene la sociología de conocer los determinismos sociales que pesan sobre el sociólogo y poder, de este modo, contrarrestarlos. Más tarde retomaremos esta idea para examinar *la historia social de las ciencias sociales*.

Volviendo a los años sesenta y setenta, tanto Kuhn como Bloor habían subrayado la naturaleza histórica de la ciencia frente al ideal positivista de su

universalidad. Así por ejemplo, Bloor consideraba que la sociología tenía que explicar la naturaleza del conocimiento atendiendo a sus variaciones históricas: “Nuestras ideas sobre el funcionamiento del mundo han variado mucho. Esto es cierto tanto para la ciencia como para otras áreas de la cultura. Dichas variaciones forman el punto de partida de la sociología del conocimiento y constituyen su principal problema” (Bloor 1976: 5). Influidos por Kuhn y Bloor, aparecieron los trabajos de Stephen Shapin (1994, Shapin & Schaffer 1985), Donald MacKenzie (MacKenzie & Wajcman 1985) o Michael Lynch (1985), que dieron forma a la *Sociología histórica del conocimiento científico* (Shapin 1982: 158). Estos autores promocionaron los análisis históricos de controversias que pretendían reconstruir la práctica científica a través de sus grandes debates. Apoyándose en el concepto de simetría de Bloor, intentaban comprender dichas disputas sin recurrir a la racionalidad contemporánea. Aunque los trabajos más conocidos son *The Great Devonian Controversy* (Rudwick 1985) y *Leviathan and the Air-Pump* (Shapin & Schaffer 1985), la literatura de este género es abundante. La *sociología histórica de la ciencia* insistió en la naturaleza histórica de la práctica científica, algo que hoy nos parece perfectamente evidente pero que no lo era tanto en los años setenta, cuando el ideal positivista de la autonomía del conocimiento tenía todavía un cierto peso.

La afirmación del carácter histórico del conocimiento es una idea capital para comprender la *historia social de las ciencias sociales*. De hecho, “Bourdieu sostiene que la separación entre historia y sociología es puramente artificial y postula la necesidad de unificar estas disciplinas. No duda en calificar indistintamente su propia investigación como trabajos de sociología o de historia social” (Vázquez 2002: 344). Esto se explica porque para Bourdieu “lo que se llama lo social es, de principio a fin, historia” (Bourdieu 1980b: 74), historia incorporada en el cuerpo (*habitus*) o en las instituciones (*campo*). En este sentido, como veremos más adelante, la reflexión sobre la historia es fundamental para comprender su proyecto.

Una última corriente que es necesario examinar para contextualizar la *historia social de las ciencias sociales* es la versión relativista de la nueva sociología del conocimiento científico. En realidad, desde una perspectiva positivista toda la sociología de la ciencia participa de una concepción relativista del conocimiento. Sin embargo, desde un punto de vista menos ortodoxo sólo algunos autores merecen dicho calificativo. En este grupo habría que incluir el Programa Relativista (*Empirical Relativist Programme*) de Harry Collins (1981, 1983) y los trabajos de Bruno Latour, o Michael Mulkay. Estos sociólogos analizaron los laboratorios de las llamadas “ciencias duras” e intentaron demostrar que la ciencia es resultado de procesos contingentes relacionados con multitud de microfactores que sólo pueden ser comprendidos en profundidad a través del estudio particular de cada caso. Mostraron además que el *consensus* científico entre los especialistas es, en realidad, fruto de una interpretación *ad hoc*. El más popular de estos autores es Bruno Latour (1979) quien, frente a la epistemología que estudia “la ciencia ya constituida” (*Ready Made Science*), reivindica una

sociología que estudie “la ciencia que está haciéndose” (“*Science in the Making*”). Latour propone una disolución de las categorías “ciencia” y “sociedad” que han estructurado la comprensión de la práctica científica. Bourdieu siempre se mostró crítico con Latour en particular y con el relativismo en general (al que calificaba de “delirio postmoderno”, Bourdieu 2001: 7). Frente al relativismo, el sociólogo francés situó su proyecto bajo el signo de una *Aufklärung* entendida una revisión crítica de la razón desde la propia razón (Bourdieu 1982: 35).

Esta contextualización nos ha permitido esbozar algunas ideas generales a propósito de la *historia social de las ciencias sociales*: se trata de una sociología de la ciencia no relativista, que considera fundamental el recurso a la historia y que se construye en torno a conceptos como “campo científico” y “reflexividad”. A continuación, intentaremos profundizar en las características generales del proyecto de Bourdieu, mostrando como dicho proyecto es interpretado por su autor como una metodología crítica de la ciencia.

3. LA HISTORIA SOCIAL DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Para comprender la *historia social de las ciencias sociales* de Bourdieu comenzaremos con una reflexión general a propósito del significado y la función de la historia en la obra de este autor. Aunque un trabajo tan heterogéneo como el suyo es susceptible de ser analizado desde varios puntos de vista, pensamos que su trayectoria puede ser interpretada como una lucha contra lo que el propio autor denominaba la *deshistorización* (Bourdieu 1992: 419), la ilusión de lo absoluto (Bourdieu 1992: 420), el privilegio de lo universal (Bourdieu 1994: 212), la amnesia de la génesis (Bourdieu 2000: 18) o, en definitiva, contra el olvido de la historia (Bourdieu 1997: 62). En este sentido, su obra puede describirse como un proyecto de historización radical, es decir, como “una voluntad de llevar a sus límites la historización del objeto de estudio” (Vázquez 2002: 344) frente a los procesos de naturalización de dicho objeto. En nuestra opinión, la lucha contra “la transformación de la historia en naturaleza” (fórmula que Bourdieu toma prestada de Lukács 1923) es el punto de partida de varios de los trabajos más importantes de Bourdieu. Esta interpretación no es una lectura encaminada a justificar nuestro propio trabajo, sino una constatación de lo que el propio sociólogo no se cansa de repetir. Es suficiente con darle la palabra para comprobarlo.

En *Les règles de l'art* (Bourdieu 1992), Bourdieu propone un “análisis científico de las condiciones sociales de la producción y de la recepción de la obra de arte” (Bourdieu 1992: 13). Frente a la idea, defendida por Gadamer y otros, del universo artístico como un mundo que escapa indefinidamente a cualquier explicación sociológica, Bourdieu se propone mostrar las condiciones socio-históricas de producción de la obra de arte mediante las reglas del análisis sociológico. Para ello, comienza planteando el problema en los siguientes términos: ¿Por qué se confiere al arte un estatuto de excepción? (Bourdieu 1992: 11) ¿Por qué la idea tan extendida de que al análisis científico destruye la experien-

cia artística, la más elevada que el hombre pueda conocer? (Bourdieu 1992: 10) ¿Por qué el arte se vive como una experiencia absoluta ajena a las contingencias de la génesis? (Bourdieu 1992: 14). Según Bourdieu, la idea del arte como una experiencia universal está en relación con la doble *deshistorización* de la obra de arte y de la mirada sobre dicha obra (Bourdieu 1992: 419). De acuerdo con el sociólogo francés, el discurso estético se construye sobre el silencio consciente de las condiciones históricas y sociales de producción de la obra artística (Bourdieu 1992: 420). Al negar su historicidad, dicho discurso afirma la trascendencia de la obra de arte y, con ello, el privilegio de quienes saben reconocer, juzgar y valorar dicha trascendencia. Es decir, el privilegio de los estetas. Frente a la *deshistorización*, Bourdieu propone un análisis científico de las obras de arte que se apoya en dos ideas: en primer lugar, que el arte tiene su historia particular, diferente de la historia economicista del marxismo a lo Kautsky o del expresivismo a la Lukács. En segundo lugar, la idea de que la sociología del arte no sólo no destruye el goce estético sino que lo incrementa (al aumentar la comprensión).

En *Méditations pascaliennes*, Bourdieu vuelve a cargar contra “el olvido de la historia” (Bourdieu 1997: 62), centrándose esta vez en el campo filosófico. El libro es una crítica de la canonización escolástica del discurso filosófico y de la resistencia que los filósofos oponen a las ciencias sociales. Tal y como sucedía con el mundo artístico, el privilegio del universo filosófico se construye sobre una *eternización* (Bourdieu 1997: 63) de los textos canónicos de la filosofía, considerados portadores de verdades trascendentales e irreductibles al análisis histórico. De este modo, el problema vuelve a situarse en “el rechazo del pensamiento de la génesis” (Bourdieu 1997: 62) y en negarse a aceptar el discurso filosófico tal y como es, es decir, como un producto de la historia. Esa lectura *deshistorizante* (Bourdieu 1997: 62) tiene como objetivo asegurar el privilegio de los garantes del pensamiento escolástico. Un último ejemplo: en su libro *La dominación masculina* (1998), Bourdieu intenta determinar las claves de dicha dominación. ¿Por qué la dominación masculina sobre la mujer se consolidó como una estructura social? ¿Por qué dicha autoridad se mantiene intacta aún cuando conocemos muchos de los mecanismos en los que se apoya? En opinión de Bourdieu, la clave es que dicha dominación se ejerce a través de una forma particular de violencia simbólica (Bourdieu 1998: 49) que consiste en que tanto los dominadores (hombres) como los dominados (mujeres) acepten como *natural* el orden de las cosas en el que dicha dominación se inscribe. En otras palabras, la clave se encuentra en la *deshistorización* y en la *eternización relativas* de las estructuras de la división sexual, que han pasado a ser consideradas *naturales* cuando, en realidad, son pura historia.

Los análisis del campo artístico, el campo filosófico y de la dominación masculina constituyen tres buenos ejemplos de la lucha de Pierre Bourdieu contra la *deshistorización*. Desde luego, no son los únicos. Sus trabajos contra el privilegio de lo universal en el punto de vista escolástico (Bourdieu 1994: 212), contra la visión antihistórica de una ciencia económica construida sobre *la amnesia de la génesis* (Bourdieu 2000 :18) o contra la ilusión de la neutralidad del campo

científico (Bourdieu 2001) muestran que estamos ante una de las preocupaciones recurrentes del pensador francés.

La interpretación de la lucha contra la deshistorización como uno de los vectores directores de la obra de Bourdieu nos introduce en una de sus ideas fundamentales a propósito de la historia que ya he esbozado con anterioridad: “La historia está inscrita en las cosas, es decir, en las instituciones (las máquinas, los instrumentos, el derecho, las teorías científicas, etc.), así como en los cuerpos. Todo mi esfuerzo se dirige a descubrir la historia allí donde esta mejor se esconde; en los cerebros y en los pliegues del cuerpo. El inconsciente es la historia [...] Panofsky nos recuerda que cuando alguien levanta su sombrero para saludar reproduce sin saberlo el gesto mediante el cual, en la Edad Media, los caballeros levantaban sus cascos para manifestar sus intenciones pacíficas [...]” (Bourdieu 1980b: 74- 75). La idea que, según Bourdieu, Durkheim gustaba tanto de repetir (“el inconsciente es el olvido de la historia”, Bourdieu 1980b: 81) es fundamental para comprender su proyecto de la *historia social de las ciencias sociales*. Para Bourdieu, la historia se inscribe de manera inconsciente tanto en el *habitus* como en el *campo*:

- El *habitus* o sistemas de disposiciones que condiciona a los agentes a actuar y a reaccionar de un determinado modo (Bourdieu 1980: 92) es la historia hecha cuerpo (Bourdieu 1997: 179). En tanto que *signum social* (Bourdieu 1962: 100) las disposiciones que conforman el *habitus* o la *hexis* engendran maneras de hablar, de sentir y de pensar en los individuos (Bourdieu 1980: 119) que no son naturales sino producto de la historia (Bourdieu 1980: 94). El *habitus* “sintetiza corporalmente los efectos en la existencia individual de la división social y sexual del trabajo” (Moreno Pestaña 2004: 150). En consecuencia, el *habitus* es un “sentido práctico” que explica que las conductas estén orientadas a determinados fines sin estar conscientemente dirigidas (Bourdieu 1987: 22)¹.
- El *campo* o cada uno de los contextos sociales específicos en los que los individuos actúan determinados por la distribución de recursos o de “capital”, es la historia objetivada e incorporada en las instituciones (Bourdieu 1982: 41).

Por lo tanto, la historia se transforma en inconsciente social a través de la constitución del *habitus* y de los distintos campos sociales (artístico, filosófico, científico, etc.): “El inconsciente es la historia; la historia colectiva que ha producido nuestras categorías de pensamiento y la historia individual a través de la cuál dichas categorías nos son inculcadas” (Bourdieu 1997: 23). Es precisamente aquí donde entra en juego la *historia social de las ciencias sociales*. Para Bourdieu, la historia de los distintos campos sociales se ha transformado en el

¹ El lector encontrará dos buenos ejemplos del uso que se puede hacer de los conceptos de *habitus* y *hexis* en Moreno Pestaña 2004 y Callejo 2004.

inconsciente de dichos campos, es decir, en el conjunto de reglas, disposiciones, prácticas, teorías, experiencias que rigen el funcionamiento de cada uno de los campos pero que, por evidentes, son *invisibles* para sus miembros. Como señala el propio autor a propósito del campo político: “Hay una génesis del campo político, una historia social del nacimiento del campo político. Las cosas que nos parecen evidentes (por ejemplo, la elección por mayoría) son el producto de invenciones históricas extremadamente largas. Las cosas que parecen haber existido toda la eternidad son a menudo una invención reciente” (Bourdieu 2000a: 53) ¿Por qué los principios de estructuración que constituyen cualquier campo acabamos por convertirse en invisibles para sus agentes? Porque como Bourdieu sugiere, la relación rutinaria con la herencia, convertida en *doxa* disciplinaria, provoca casi inevitablemente la amnesia de la génesis (Bourdieu 1995: 111- 112). Tomando como ejemplo el caso que nos interesa (la ciencia), en su práctica diaria los científicos ponen en juego conceptos, ideas, procedimientos, usos, etc. que han conformado el campo y que nos parecen perfectamente evidentes. La puesta en práctica, todos los días y durante un tiempo prolongado, de dichas disposiciones ha provocado que los científicos olviden, como no podría ser de otro modo, que se trata de disposiciones “enteramente salidas de la historia”.

Por consiguiente, el objetivo de la *historia social de las ciencias sociales* es sacar a la luz ese “inconsciente” que rige los distintos campos. Es por ello que Bourdieu define su empresa como una “ciencia de lo inconsciente” (Bourdieu 1982 : 10): “La historia social de las ciencias sociales no es una ciencia como cualquier otra [...] Extendiendo el conocimiento histórico y sociológico del pasado y del presente de la sociología y de la historia a su dimensión institucional, [la historia social de las ciencias sociales] proporciona a la historia y a la sociología un medio de explorar y de conocer su inconsciente más específico, que está inscrito en su cerebro, a través de la experiencia presente y pasada de la disciplina” (Bourdieu 2004: 19). En el caso del campo científico, el objetivo es por tanto “actualizar los presupuestos que están inscritos en el principio mismo de las empresas científicas del pasado y que perpetúa, frecuentemente en estado implícito, la herencia científica colectiva, problemas, conceptos, métodos o técnicas” (Bourdieu 1995: 111).

Sin embargo, queda por responder una cuestión fundamental. Aún aceptando que Bourdieu tenga razón en que las reglas que rigen la práctica científica sean históricas y no naturales (algo que parece fuera de toda duda) ¿Para qué mostrar su historicidad? ¿Qué gana la ciencia con esta operación? ¿Acaso no le estamos haciendo el juego al relativismo al afirmar que “la verdad científica reside en una especie particular de condiciones sociales de producción” (Bourdieu 1975: 91, Bourdieu 1976: 75)? Es el propio Bourdieu quien plantea estas dudas: “¿La verdad puede sobrevivir a una historización radical? [...] ¿El historicismo radical [...] conduce acaso a destruir la idea misma de verdad, y de este modo se destruye a sí mismo?” (Bourdieu 2001: 11). Para responder a estas cuestiones es necesario aclarar, una vez más, que Bourdieu no puede englobarse en el “post-

modernismo” si dicho concepto se considera equivalente a “relativismo”.² Como el propio autor repite una y otra vez, su proyecto no está encaminado a relativizar el conocimiento científico, sino a reforzarlo (Bourdieu 1992b: 167; Bourdieu 2001: 8). Y a reforzarlo tanto contra los excesos del universalismo abstracto como contra ciertos delirios “postmodernos” que pretenden socavar la confianza en la ciencia y, especialmente, en las ciencias sociales (Bourdieu 2001: 5- 6). En este sentido, su proyecto prolonga el eco de la razón autocrítica de Kant, al proponer una *Realpolitik* de la razón (Bourdieu 1992b: 150- 174; Bourdieu 1995: 125) o una “*Aufklärung* permanente de la *Aufklärung*” (Bourdieu 1997: 86): “No hay contradicción, pese a las apariencias, en luchar *al mismo tiempo contra* la hipocresía mistificadora del universalismo abstracto *y a favor* del acceso universal a las condiciones de acceso a lo universal, objetivo primordial de todo verdadero humanismo que la predicación universalista y la (falsa) subversión nihilista tiene en común olvidar” (Bourdieu 1997: 98).

Para comprender en qué sentido la *historia social de las ciencias sociales* puede servir al progreso de la ciencia, es necesario volver sobre la idea de “reflexividad”. Como Francisco Vázquez ha señalado, pueden distinguirse tres etapas en el uso que Bourdieu hace de este término. Un primer momento, que va desde *Le métier du sociologue* (Bourdieu & Chamboredon & Passeron 1973) hasta *Le sens pratique* (Bourdieu 1980), en el que Bourdieu define la reflexividad como “una autoconciencia de los presupuestos epistemológicos empeñados en la práctica de la investigación” (Vázquez 2004: 354). Una segunda fase, durante los años ochenta, en la que Bourdieu concibe la reflexividad como el mecanismo que permite acceder al universo inconsciente del investigador social, permitiéndole de este modo conocer los determinismos que condicionan su trabajo. Una tercera fase, a partir de los años ochenta, donde la reflexividad es presentada como un requisito, no sólo metodológico sino también ético, para la construcción del trabajo científico. Aunque las tres dimensiones son fundamentales, nos centraremos ahora en la segunda para explicar la utilidad que el proyecto de Bourdieu tiene, en tanto que instrumento metodológico, para la propia ciencia.

El trabajo sobre el “inconsciente” científico propuesto por *la historia social de las ciencias sociales* constituye una parte esencial del imperativo de reflexividad sobre el que debería reposar toda empresa científica. Como el propio Bourdieu señala, “la reflexividad es un instrumento para producir más ciencia,

² Se echa de menos en Bourdieu una discusión en profundidad a propósito de lo que este autor entiende por “relativismo” o, utilizando sus propias palabras, por ciertos “delirios postmodernos”. En otras palabras, Bourdieu asume un antirelativismo doctrinario, pero en raras ocasiones define con precisión el denostado “relativismo”. En mi caso, estoy en contra de una asimilación total entre “relativismo” y “postmodernismo”. Así, dentro del conjunto de autores generalmente incluidos dentro del “postmodernismo” (término que, como señalaba Richard Rorty, se ha vuelto demasiado borroso como para transmitir nada), hay varios que, en mi opinión, no son “relativistas”. Un ejemplo es el de Michel Foucault que, como ha señalado Francisco Vázquez (1993, 1995), intentó habilitar un proyecto ilustrado apoyado en la idea de una historia crítica.

no para destruir la posibilidad de dicha ciencia: no intenta descorazonar la ambición científica sino hacerla más realista [...]” (Bourdieu 1992b: 167) Conocer las condiciones sociohistóricas en las que se ha producido el conocimiento significa dar acceso a los propios científicos a los mecanismos sociales que condicionan su práctica. Esto es fundamental por dos razones: En primer lugar, porque la reflexividad “favorece el progreso del conocimiento de los coerciones sociales que pesan sobre el conocimiento, haciendo posible una política más responsable tanto en lo ciencia como en la política” (Bourdieu 1992b: 167- 168). En otras palabras, sólo a través de un análisis histórico del “inconsciente” colectivo podremos determinar los condicionantes sociológicos que influyen en la construcción del conocimiento y, de este modo, podremos trabajar para superarlos. En segundo lugar, la reflexividad es fundamental porque permite “liberar a los intelectuales de sus ilusiones y, en primer lugar, de la ilusión de no tener ilusiones” (Bourdieu 1992b: 168). Sólo a través de la reflexividad podremos destruir muchos de los mitos que permanecen anclados en nuestro inconsciente colectivo, convirtiéndonos, de este modo, en señores de nuestro pensamiento. Aunque esa empresa comporta riesgos, no debemos olvidar que “sólo el pensamiento que se hace violencia a sí mismo es lo suficientemente duro para quebrar mitos” (Horkheimer & Adorno 1944: 60).

En definitiva, la reflexividad (y con ella la *historia social de las ciencias sociales*) se constituye en un instrumento metodológico fundamental para garantizar el progreso de la ciencia. De este modo, una disciplina tradicionalmente minusvalorada como la sociología, se convierte en una herramienta fundamental no sólo para comprender cómo funciona la ciencia, sino para construir una ciencia más fuerte.

4. CONCLUSIÓN

Por paradójico que pueda parecer, la sociología fue una de las ciencias sociales más minusvaloradas durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Así por ejemplo, en Francia el panorama intelectual de la posguerra estuvo dominado por la generación de Aron y Sartre, que habían reaccionado contra la influencia de Durkheim a principios de siglo. En EE.UU., la disciplina se encontraba en un impasse después de los trabajos de la primera generación de la Escuela de Chicago (1910- 1935). En definitiva, alrededor de los años cincuenta la sociología y la antropología, eran disciplinas menores e incluso despreciadas (Bourdieu 2001). Esta situación comenzó a cambiar en la década de los setenta, cuando se produjo una rehabilitación relacionada con diversas cuestiones. En primer lugar, fue el momento de la recuperación de la obra sociológica de Weber, Durkheim, Horkheimer o Simmel, que pasaron a convertirse en referentes indiscutibles en la historia del pensamiento occidental. En segundo lugar, algunos sociólogos se convirtieron en intelectuales tan influyentes como los filósofos o los historiadores. Así, por ejemplo, en EE. UU destacó la segunda ge-

neración de la Escuela de Chicago (con pensadores de la talla de Goffman, Straus, Freidson, etc), en Francia emergió la figura de Bourdieu, en Alemania comenzó a despuntar Habermas, etc. En tercer lugar, y es aquí donde me gustaría detenerme, la rehabilitación de la sociología durante los años setenta estuvo también relacionada con la irrupción de la sociología de la ciencia (el llamado “giro sociologista” de la filosofía y de la historia de la ciencia). Fue entonces cuando una serie de autores demostraron que el análisis sociológico era imprescindible para comprender el funcionamiento de la ciencia.

El problema fundamental de una parte de la nueva sociología del conocimiento científico que emergió a finales de los setenta (lo que en el ámbito anglosajón se viene denominando SSK, *Sociology of Scientific Knowledge*), es que describía en un tono muy crítico como funcionaba la ciencia, pero no ofrecía grandes alternativas. En otras palabras: insistía en lo mucho que pesan los factores sociológicos en la construcción del conocimiento científico, pero no nos decía casi nada a propósito de cómo reforzar dicho conocimiento. Esta es la razón por la que la sociología de la ciencia ha sido tradicionalmente identificada con el relativismo. Frente a esta situación, pensamos que *la historia social de las ciencias sociales* de Pierre Bourdieu ofrece una alternativa válida al (a) permitirnos comprender mejor el funcionamiento de la ciencia y (b) convertirse en un instrumento para crear una ciencia más crítica y reflexiva. Interpretada como una herramienta de reflexión sobre la práctica científica (*i.e.* un instrumento metodológico), *la historia social de las ciencias sociales* debe servir a los científicos para comprender mejor su propio trabajo: “[Me ha] parecido especialmente necesario someter a la ciencia a un análisis histórico y sociológico que no tiende, en absoluto, a relativizar el conocimiento científico refiriéndolo y reduciéndolo a sus condiciones históricas [...] sino que pretende, al contrario, permitir a los practicantes de la ciencia entender mejor los mecanismos sociales que orientan la práctica científica y convertirse de este modo en “dueños y señores” no sólo de la “naturaleza”, de acuerdo con la vieja ambición cartesiana, sino también, lo cual no es, sin duda, menos difícil, del mundo social en el que se produce el conocimiento de la naturaleza” (Bourdieu 2001: 9- 10).

En definitiva, como resumía muy acertadamente Luis Enrique Alonso, la sociología de Bourdieu debe convertirse en “una herramienta para la más abierta y libre práctica intelectual inevitablemente tomada como práctica social” (Alonso 2004: 249).

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo es el resultado de una línea de investigación desarrollada en el *Groupe des Recherches sur les Savoirs* de Paris y financiada por la Fundación Marcelino Botín. El texto final se ha beneficiado de los consejos de compañeros y amigos a los que quisiera expresar mi más sincero agradecimiento. El análisis de *la historia social de las ciencias sociales* debe mucho a los comentarios de

Francisco Vázquez (Universidad de Cádiz) y de José Luis Moreno Pestaña (Universidad de Cádiz), quienes se ofrecieron además a revisar el texto. A José María Arribas (U.N.E.D) le agradezco que me hiciera ver, en los momentos iniciales de esta investigación, los paralelismos existentes entre Bourdieu y otros autores (especialmente Panofsky). La parte correspondiente a la sociología de la ciencia se ha beneficiado de los comentarios y críticas de los compañeros del *Groupe des Recherches sur les Savoirs* y, especialmente, de Wiktor Stozckowski. Por último, quisiera agradecer a Wiktor Stozckowski y a François Hartog su acogida en l'*Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales* durante el tiempo en el que se desarrolló esta investigación.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. E. (2004): "Pierre Bourdieu, el lenguaje y la comunicación: del análisis de los mercados lingüísticos a la denuncia de la denigración mediática". En: ALONSO, L. E.; MARTÍN CRIADO, E.; MORENO PESTAÑA, J. L. (eds.) (2004): *Pierre Bourdieu: las herramientas del sociólogo*. Madrid: Fundamentos, pp. 215- 254.
- ALONSO, L. E.; MARTÍN CRIADO, E.; MORENO PESTAÑA, J. L. (eds.) (2004): *Pierre Bourdieu: las herramientas del sociólogo*. Madrid: Fundamentos.
- BARNES, B. (1974): *Scientific Knowledge and Sociological Theory*. London: Routledge.
- BARNES, B. (1977): *Interest and the Growth of Knowledge*. London: Routledge.
- BARNES, B. ; LAW, J. (1976): "Whatever Should Be Done With Indexical Expressions?". En: COLLINS, H. M. (dir.) (1982): *Sociology of Scientific Knowledge. A Source Book*. Bath: Bath University Press, pp. 59- 73.
- BEN- DAVID, J. (1971): *The Scientist's Role in Society*. Nueva York: Prentice- Hall.
- BEN- DAVID, J. (1981): "Sociology of Scientific Knowledge". En: SHORT Jr., J. J. (ed.) (1981): *The State of Sociology*. Londres: Sage, pp. 40- 59.
- BLOOR, D. (1973): "Wittgenstein and Manheim on the Sociology of Mathematics". En: COLLINS, H. M. (ed.) 1982: *Sociology of Scientific Knowledge. A source Book*. Bath: Bath University Press, pp. 39- 57.
- BLOOR, D. (1976): *Knowledge and Social Imagery*. Chicago & London: The University of Chicago Press.
- BOURDIEU, P. (1962): "Célibat et condition paysanne", *Etudes Rurales* 5- 6, pp. 32- 135.
- BOURDIEU, P. (1975): "La spécificité du champ scientifique et les conditions sociales du progrès de la raison", *Sociologie et Sociétés* 7 (1), pp. 91- 117.
- BOURDIEU, P. (1976): "El campo científico". En : BOURDIEU, P. (1999): *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba, pp. 75- 110.
- BOURDIEU, P. (1980): *El sentido práctico*. Madrid: Taurus Humanidades. 1991.
- BOURDIEU, P. (1980b): *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo. 2000.
- BOURDIEU, P. (1982): *Lección sobre la lección*. Barcelona: Anagrama. 2002.
- BOURDIEU, P. (1987): *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa. 2000.
- BOURDIEU, P. (1987b) : "Esquisse d'un projet intellectuel ", *The French Review* 61 (2), pp. 194- 205.
- BOURDIEU, P. (1992): *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama. 1995.
- BOURDIEU, P. (1992b) : *Réponses. Pour une anthropologie réflexive*. Paris : Seuil.
- BOURDIEU, P. (1994): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama. 1997.
- BOURDIEU, P. (1995): "La causa de la ciencia. Como la historia social de las ciencias sociales puede servir al progreso de estas ciencias". En : BOURDIEU, P. (1999): *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba, pp. 111- 127.
- BOURDIEU, P. (1997): *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama. 1999.
- BOURDIEU, P. (1998): *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama. 2000.
- BOURDIEU, P. (2000): *Las estructuras sociales de la economía*. Barcelona: Anagrama. 2003.
- BOURDIEU, P. (2000a): *Propos sur le champ politique*. Lyon: Presses Universitaires de Lyon.

- BOURDIEU, P. (2001): *Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama. 2003.
- BOURDIEU, P. (2004): "L'objectivation du sujet de l'objectivation". En: HEILBRON, J.; LENOIR, R.; SAPIRO, G. (eds.) (2004): *Pour une histoire des sciences sociales. Hommage à Pierre Bourdieu*. Paris: Fayard, pp. 19- 23.
- BOURDIEU, P.; CHAMBOREDON, J. C.; PASSERON, J. C. (1973): *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Madrid: Siglo XXI. 1989.
- CALHOUN, C.; LIPUMA, E.; POSTONE, M. (eds.) (1993): *Bourdieu. Critical Perspectives*. Cambridge: Polity Press.
- CALLEJO, J. "La práctica del consume en Bourdeu: contra el formalismo y el populismo". En: ALONSO, L. E.; MARTÍN CRIADO, E.; MORENO PESTAÑA, J. L. (eds.) (2004): *Pierre Bourdieu: las herramientas del sociólogo*. Madrid: Fundamentos, pp. 185- 213.
- COLE, S.; COLE, J. R. (1967): "Scientific output and recognition: a study in the operation of the reward system in science", *American Sociological Review* 32 (3), pp. 377- 390.
- COLLINS, H. M. (1974): "The TEA Set: Tact Knowledge and Scientific Network", *Science Studies* 4, pp. 165- 186.
- COLLINS, H. M. (1975): "The Seven Sexes, a Study in the Sociology of a Phenomenon, or the Replication of an Experiment in Physics", *Sociology* 9, pp. 205- 224.
- COLLINS, H. M. (1981): "Stages in the Empirical Programme of Relativism", *Social Studies of Science* 11 (1), pp. 3- 10.
- COLLINS, H. M. (1983): "An Empirical Relativist Programme in the Sociology of Scientific Knowledge". En: KNORR- CETINA, K.; MULKAY, M. (dir.) (1983): *Science Observed*. Sage: Londres, pp. 85- 113.
- FELLOWS, E. F. (1961): "Social and cultural influences in the development of science", *Synthese* 33 (2), pp. 154- 172.
- FORMAN, P. (1971): "Weimar culture, causalita and quantum theory, 1918- 1927", *Historical Studies in the Physical Sciences* 3, pp. 1- 115.
- GUTIERREZ, A. (2002): *Las prácticas sociales: Una introducción a Pierre Bourdieu*. Madrid: TierradeNadie.
- HAHN, R. (1971): *The Anatomy of a Scientific Institution: the Paris Academy of Science*. Berkeley: University of California Press.
- HILL, C. (1965): *Intellectual Origins of the English Revolution*. Oxford: Clarendon Press.
- HORKHEIMER, M.; ADORNO T. W. (1944): *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta. 1994.
- KARGON, R. H. (1966): *Atomism in England from Hariot to Newton*. London: Oxford University Press.
- KUHN, T. (1962): *La estructura de las revoluciones científicas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1975.
- KUHN, T. (1968): "La historia de la ciencia". En: KUHN, T. (1968): *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, pp. 129- 150.
- KUHN, T. (1971), "Las relaciones entre la historia y la historia de la ciencia". En: KUHN, T. (1968): *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, pp. 151- 185.

- LAHIRE, B. (ed.) (1999): *Le travail sociologique de Pierre Bourdieu. Dettes et critiques*. Paris: La Découverte.
- LANE, J. (2000): *Pierre Bourdieu. A Critical Introduction*. London: Pluto.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (1994). *La sociología del conocimiento y de la ciencia*, Alianza, Madrid.
- LATOUR, B. ; WOOLGAR, S. (1979) : *La vie de laboratoire. La production des faits scientifiques*. Paris: La Découverte.
- LUKÁCS, G. (1923): *Historia y conciencia de clase*. Madrid: Sarpe.
- LYNCH, M. (1985): *Art and Artifact in Laboratory Science*. Londres: Routledge.
- MANNHEIM, K. (1929): *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- MacKENZIE, D.; WAJCMAN, J., (dirs). (1985): *The Social Shaping of Technology: How the Refrigerator got its hum*. Philadelphia: Open University.
- MERTON, R. K. (1937): "The Sociology of Knowledge", *Isis* 27 (3), pp. 493- 503.
- MERTON, R. K. (1938) "Science, Technology & Society in Seventeenth Century England" *Osiris* 4, pp. 360- 632.
- MERTON, R. K. (1942), "The Normative Structure of Science". En MERTON, R. K. (1973): *The Sociology of Science. Theoretical and Empirical Investigations*. Chicago & London: The University of Chicago Press, pp. 267- 278.
- MERTON, R. K. (1968), "The Matthew Effect in Science". En MERTON, R. K. (1973): *The Sociology of Science. Theoretical and Empirical Investigations*. Chicago & London: The University of Chicago Press, pp. 439- 459.
- MORENO PESTAÑA, J. L. (2004): "Cuerpo, género y clase en Pierre Bourdieu". En: ALONSO, L. E.; MARTÍN CRIADO, E.; MORENO PESTAÑA, J. L. (eds.) (2004): *Pierre Bourdieu: las herramientas del sociólogo*. Madrid: Fundamentos, pp. 143-183.
- MOUNIER, P. (2001): *Pierre Bourdieu. Une introduction*. Paris: La Découverte.
- RODRIGUEZ VICTORIANO, J. M. (2004): "El oficio de la reflexividad : Notas en torno a Pierre Bourdieu y la tradición cualitativa en la sociología crítica española". En: ALONSO, L. E.; MARTÍN CRIADO, E.; MORENO PESTAÑA, J. L. (eds.) (2004): *Pierre Bourdieu: las herramientas del sociólogo*. Madrid: Fundamentos, pp. 299-316.
- RUDWICK, M. J. (1985): *The Great Devonian Controversy. The Shaping of Scientific Knowledge among Gentlemanly Specialist*. Chicago: The University of Chicago Press.
- SHAPIN, S. (1979): "The Politics of Observation: Cerebral Anatomy and Social Interests in the Edinburgh Phrenology Disputes", *The Sociological Review Monograph*, 27, pp. 139- 178.
- SHAPIN, S. (1994): *A Social History of Truth: Civility and Science in Seventeenth-Century England*. Chicago: University of Chicago Press.
- SHAPIN, S.; SCHAFFER, S. (1985): *Leviathan and the Air- Pump. Hobbes, Boyle, and the Experimental Life*. Princeton: Princeton University Press.
- SPINOZA, B. (1662): *Tratado de la reforma del entendimiento*. Madrid: Alianza. 1988.
- THACKRAY, A. W. (1970): "Science and technology in the industrial revolution", *History of Science* 9, pp. 76- 89.
- VÁZQUEZ, F. (1993): "Nuestro más actual pasado", *Daimon* 7, pp. 133- 144.
- VÁZQUEZ, F. (1995): *Foucault. La historia como crítica de la razón*, Barcelona, Montesinos.

- VÁZQUEZ, F. (2002): "La tension infinie entre l'histoire et la raison: Foucault et Bourdieu", *Revue Internationale de Philosophie* 220, pp. 343- 365.
- VÁZQUEZ, F. (2004): "¿Ortodoxia o reforma del entendimiento? La doble insolencia de Pierre Bourdieu. Excurso sobre las reflexividad". En: ALONSO, L. E.; MARTÍN CRIADO, E.; MORENO PESTAÑA, J. L. (eds.) (2004): *Pierre Bourdieu: las herramientas del sociólogo*. Madrid: Fundamentos, pp. 351- 373.
- WOOLGAR, S.W. (1976): "Writing an Intellectual History of Scientific Development: The Use of Discovery Accounts", *Social Studies of Science*, 6, 3-4, pp. 395- 422.
- ZUCKERMAN, H. (1977): *Scientific Elites. Nobel Laureates in the United States*. New York: Free Press.

RESUMEN

En este artículo se examina *la historia social de las ciencias sociales* de Pierre Bourdieu, proyecto que plantea la necesidad de convertir a la sociología en parte esencial del método científico. En primer lugar, se sitúa *la historia social de las ciencias sociales* en el contexto de la sociología de la ciencia a través de una comparación entre la propuesta de Bourdieu y la de autores como Merton, Kuhn o Bloor. En segundo lugar, se intenta demostrar como *la historia social de las ciencias sociales*, concebida como un “instrumento” de reflexividad epistemológica, proporciona a los científicos un modelo útil para comprender los factores socio- históricos que orientan su trabajo. A través de esta investigación, el presente trabajo pretende mostrar cómo la sociología puede contribuir al progreso de ciencia.

PALABRAS CLAVE

Bourdieu, Sociología de la ciencia, Reflexividad, Historia social de las Ciencias Sociales

ABSTRACT

In this article, I examine Pierre Bourdieu's conception of the *Social history of social science*, a perspective which claims that sociology became an essential component of the scientific method. Firstly, I compare Bourdieu's *Social history of social science* with a wide range of sociological approaches to science, like those proposed by Merton, Kuhn or Bloor. Secondly, I propose how Bourdieu's social history, conceived as an epistemological reflexivity, can provide scientists with a useful model to understand the socio- historical factors within their work. Through this examination, I depict how sociology can contribute to the progress of science.

KEY WORDS

Bourdieu, Sociology of science, Reflexivity, Social history of Social Science.